

Madrid, Noviembre de 2007

Querido Miguel Ángel,

Te sorprenderá esta carta cuando la leas; y maldecirás la matraca que te di para que tú me escribieras algo: quería inventarme una falsa entrevista con preguntas *a posteriori*. Ya ves. Ya lo habrás aprendido de las fotos que te salen: uno nunca controla cómo van a terminar las cosas. O quizá tendría que haberte hablado a la cara (con una cerveza, por “cambiar el registro”), pero los asperger podemos permitirnos lujos de incomunicación que me perdonarás.

Empecemos aclarando cosas:

1. Tus fotos me gustan, ya lo sabes, este hecho “subjetiviza” bastante lo que diga de ellas. Pues bueno...
2. Y como también sabes: no soy ni escritor ni profesor ni historiador ni comisario ni (siquiera) crítico, sólo un mirón: este hecho me da ciertas licencias que pienso aprovechar,
3. Y lo que no sabías: fui yo quién le pedí a Iván que me asignara tu texto (por si creías en las casualidades, pues no)

A lo que vamos: que escribiendo de tus imágenes terminaba siempre haciéndolo de mí, lo cual suponía un innecesario problema de egotismo. Porque mira, no es que *me vea* en tus fotos, sino que *me sé* –en el día a día– un personaje de los tuyos: así, tan *normales*, tan perdidos en su realidad, tan *no-personas* en su cotidianidad, tan protagonistas de mediocres tragedias, tan ignorantes del escenario que habitan: comiendo, jugando, mirando, dócilmente aturridos por nada...

Que analizando tu *contexto*, la cosa se quedaba muy de suplemento cultural: aquello de las “referencias inevitables”, “los puntos de partida difíciles de obviar”, cada uno a su manera Jeff Wall, Crewdson, DiCorcia, Sarah Jones, Gonzalo Puch incluso... (y mira que yo te veo más como el Sternfeld de finales de los setenta, muy “antiguo” quizá). En fin, todo ese rollo de los “lugares del extrañamiento” (que bien mirado deberían decir “lugares de extrañeza”, pero ya sabes el poder de una palabra *sonora*, para despistar), como muy de monográfico de *Exit*, como si realmente no pudiese ser, como si no fuese *extraño* cualquier lugar –según como lo miremos, según como lo vivamos–.

Bueno, sé que no te importa que tus fotos se vean como *micropelículas* (así las definió Nilo Casares). Pero yo, si las miro de esta forma como que me cuesta más creérmelas del todo y no me quedo tranquilo. Y, vaya, nada tan fácil y poco escrupuloso como inventarse lo que *el otro* quiso decir. Verbigracia, que yo creo que más que narrar, que “contener un tiempo propio” pues que son bodegones incomedibles, enormes –siempre– pero bodegones. y ésto aunque las tuyas no sean imágenes *representativas*, y en el fondo, sinceramente, no creo que seas ni *realista* (“a tu modo”) ni un *cuentahistorias*, te veo más como un *cosificador* del espacio y los

personajes (porque los tuyos nunca son personas, y quiero creer que disfrutas estatuizándolos, y eso me gusta, lo entiendo como una irresponsabilidad necesaria pero asumida). Terrible –o fascinante o ambas cosas a la vez– profesión la del taxidermista (te veo como un alumno avanzado de disecador: con tus alambres y tus rellenos y esos ojos de cristal tan bonitos; como un naturalista metódico e impasible delante de las piezas ya clasificadas). Porque tus fotografías –como aquellas de Sugimoto– parecen hechas en un museo de Ciencias Naturales: diaporamas descontextualizados, escenas compuestas al milímetro con un afán más melancólico que descriptivo, en fin, visiones de una realidad tan *ajustada* que es mucho más incuestionable que ella misma.

Y aquellos que quieren ver lo que quizá no haya, imaginan en tus fotografías *excepciones a la vida* o acertijos más o menos complejos, se conforman con el engaño de la apariencia y se preguntan por misterios inexistentes. Pero bueno, hay que disculparles porque Dan Brown crea escuela y también porque *lo narrativo* nos invade sin piedad y, así, al creerlo necesario, lo convertimos en anecdótico.

Y puestos a definir: te veo más como un creador de *espacios para la desorientación*, más como un hacedor de *imágenes para el milagro*, algo así como un Sánchez Cotán actualizado (aunque no demasiado monástico –las patillas y el bigote, supongo–). Miguel Ángel, tú tienes la habilidad de reconstruir esas *zonas de conflicto* que llenan nuestra vida y que casi nunca advertimos, de mostrarnos lo que vemos cada día y que, sin embargo, nos parezca sorprendente.

Hace poco leí un texto de Jeff Wall en el que decía algo que yo ya le oía, hace años y con otras palabras, a mi abuela: “... con el *no-sé-qué* estamos frente a un “resto” inexpresable. [...] De hecho, el sujeto *sabe* de la existencia de un residuo en la definición del ser, pero *no puede* decirlo. Tal desequilibrio genera *pasión*.” Yo siento que es Esto lo que les pasa a tus fotos: el *no-sé-qué*.

Un fuerte abrazo

Juan R. Rodríguez-Mateo